

CIUDADES

POTREROS DE CEMENTO

La relación del deporte con las ciudades se remonta a tiempos inmemoriales. El ingenio popular siempre ha inventado lugares en medio del cemento para ejercer modos alternativos del “jugar”. Hoy, prácticas como el parkour actualizan el espacio urbano como escenario abierto de sus prácticas.

Mauro Libertella

Es escritor y periodista.

Publicó las novelas :

Mi libro enterrado,

El invierno con mi generación

y *Un reino demasiado breve,*
además del ensayo

Un hombre entre paréntesis.

Retrato de Mario Levrero.

Colabora con diversos medios
gráficos y digitales.

De todos los récords de los que podría presumir una ciudad, Buenos Aires detenta uno de los más curiosos: es la urbe con más estadios del mundo. Solo en el perímetro caliente de la capital, se han erigido 18 estadios, cuyas capacidades de recibir gente, sumadas, alcanzan las 500.000 personas. Pero Buenos Aires es, también, una especie de ciudadela sitiada por *otras* canchas de fútbol; en sus alrededores hay por lo menos 40, como satélites que orbitan alrededor de un planeta superpoblado. Nuestro índice de estadio per cápita, si algo así existiera, es francamente excesivo.

Una de las tantas causas que explican este síntoma, está en el efecto de profunda identidad que produjeron los barrios en las primeras décadas del siglo XX. Si el tango de los años 40 habló de los cien barrios porteños, era importante que cada uno tuviera su club (y cada club, su estadio). El club se constituyó como una pequeña ciudad en el interior de ese monstruo de cemento que es Buenos Aires.



Si el tango de los años 40 habló de los cien barrios porteños, era importante que cada uno tuviera su club. El club se constituyó como una pequeña ciudad en el interior de ese monstruo de cemento que es Buenos Aires.

Una capital como la argentina es inabarcable, desmesurada y voraz (Ezequiel Martínez Estrada escribió una frase terrible: “como no supimos construir una gran nación, construimos una gran ciudad”). Un barrio, en cambio, tiene límites humanos: produce identidad, porta recuerdos, genera comunidad. Los clubes brotaron en ese contexto y desde entonces son, para muchos, una suerte de paraíso posible en una ciudad que se transforma de manera dramática. Por eso los hinchas de San Lorenzo se desviven por volver a Boedo, por volver al barrio de su infancia. ¿Quién los puede juzgar? ¿El deporte no es, en el fondo, la recuperación imposible de una infancia perdida?

Deportes hiperurbanos

La relación entre el deporte y las ciudades es, por supuesto, tan antigua como la civilización misma. Según Platón, fueron los espartanos los fundadores de los primeros gimnasios a cielo abierto, y esa práctica se proyecta hasta nuestros días: las plazas de las ciudades argentinas se convierten, a ciertas horas del día, en salones de yoga, en espacios de estiramiento, en potreros, en cancha de bochas. El deporte es, por definición, una experiencia social, grupal (nadie hace deporte en su casa), y por eso los urbanistas de todas las épocas han contemplado las formas de hacer más habitable esos espacios colectivos.

Y sin embargo, las metrópolis son lugares que están vivos, y entonces cada generación se apropia del espacio al punto de inventar formas del deporte en lugares que no estaban necesariamente diseñados para esos fines. En la medida en que “deporte” es también “juego” –cuando practicamos voley o golf, hablamos de “jugar”–, habrá siempre un espíritu no reglado, una fuerza reformista en su condición.

Así, los jóvenes del siglo XXI han inventado nuevas formas de producir deporte-juego ahí donde no lo había. Una de las metodologías más curiosas de los últimos años es el “parkour”, suerte de deporte hiperurbano que consiste en correr libremente, saltar y rebotar en la estructura: saltar un monumento, golpear contra una fuente, deslizarse por una escalinata. Los que hacen *parkour* resuelven a su modo una tensión entre cuerpo y espacio público: el *parkour* no se puede practicar en un departamento, es una forma (efímera, evanescente) de intervenir sobre el tejido urbano. Es un juego y una performance. Es un deporte y un acto político.

Casi todos los deportes que practicamos son deportes importados, que los argentinos hemos reconvertido a imagen y semejanza de nuestra forma de estar en el mundo. En los últimos años, ya con internet y la globalización rayando de manera definitiva la línea del horizonte, fue también la nueva generación la que importó otra práctica de deporte urbano. Los “streetparks” o “bowls” se están esparciendo por nuestras ciudades con una velocidad asombrosa, y los especialistas aseguran que en diez años todas las grandes localidades tendrán uno. Se trata, a grandes rasgos, de pistas para patineta, hechas de curvas de distintas alturas y una serie de obstáculos, que nacieron en Estados Unidos y ya hicieron metástasis en todos los países de América Latina. El problema de los parques para *skates* es que no agregan verde a la ciudad, sino hormigón; por eso, tienden a construirse en los bordes del catastro o en zonas de gran densidad de cemento, para no interrumpir las extensiones verdes. Son también problemáticas en otro nivel: dado que están pensados sobre todo para adolescentes, las marcas de ropa juvenil ya clavaron el colmillo. El *bowl* de Buenos Aires, por ejemplo, lleva por nombre la marca de unas zapatillas.

Fulbito y después

Desde luego que la tradición del deporte callejero no es la misma en ciudades latinoamericanas que en europeas. El potrero argentino es la manifestación más pura de esa particularidad, de esa localía, y en cierto modo se podría pensar que el potrero nace en el punto de confluencia entre el campo y la ciudad: es un pedazo de pampa en medio de la urbe. Por eso, a medida que la ciudad ha ido creciendo y creciendo sin remedio, el potrero quedó relegado como una práctica suburbana, cada vez más alejada de los centros demográficos.

Cuando el equipo uruguayo de fútbol viajó a los Juegos Olímpicos de 1924, celebrados en París, el Viejo Mundo pudo ver por primera vez los efectos de un juego formado en potreros latinoamericanos.

Ondino Viera, el director técnico de ese seleccionado, escribiría, después: “Sólo nosotros solos en los campos de Uruguay, corriendo detrás del cuero de la mañana a la tarde y luego bajo la luz de la luna. Jugamos durante veinte años para convertirnos en jugadores. Era un fútbol salvaje, nuestro juego. Era un estilo de fútbol autodidacta, empírico y nativo”. ¿Qué quedará de esa tradición de un deporte "salvaje" en el siglo XXI, un siglo tecnificado y global? ¿Cuáles serán los potreros del futuro?

Si bien es cierto aquello de que el deporte le inyecta vida a una ciudad, en los últimos años muchas urbes se han ido acostumbrando a una forma extraña de la tristeza: los estadios abandonados. Ocurre, sobre todo, cuando a algún país le toca ser el anfitrión de una copa del mundo o de un juego olímpico. Rápidos, los dirigentes construyen vastos palacios deportivos para despertar la admiración de los espectadores de todo el mundo (que lo miran por televisión), y luego de tres o cuatro partidos quedan huérfanos para siempre, a veces en ciudades pequeñas donde ni siquiera hay un equipo de fútbol que pueda hacer rodar el balón de tanto en tanto. Cuando la arquitectura se pone en pausa, la naturaleza empieza a ganar terreno, como una *okupa* milenaria que viene a reclamar la potestad sobre un territorio; el pasto se descontrola, las butacas se llenan de hongos y suciedad, las paredes interiores se descascaran y de pronto ya no se puede distinguir dónde empieza y dónde termina la construcción. Son como cráteres lunares en el medio de una ciudad, como si hubiera caído una enorme piedra del cielo y hubiera hecho un hueco monumental en el medio de la nada. Su espejo invertido es el Coliseo: la ruina de la antigüedad por un lado, la ruina posmoderna, por el otro.

Una figura singular que ha brotado de la mezcla entre las ciudades y el deporte es El Que Mira. Así se lo podría bautizar: *el que mira*. El que mira es generalmente un hombre (en pocas ocasiones una mujer) que se aferra al alambrado de una cancha de alquiler y se pasa horas observando los partidos amateurs, esos en los que diez o doce amigos juegan una vez por semana. El que mira en general no habla; es un espectador mudo, invisible, una presencia fantasmal pero que le da entidad al deporte entre amigos y, en cierto modo, lo justifica. Las emblemáticas canchas de básquet, que están en algunas esquinas de las ciudades norteamericanas, están enrejadas (las llaman "las jaulas"), quizás con la secreta intención de promover la posibilidad de existencia del que mira. Porque el deporte, como la literatura, es una práctica que requiere de dos polos energéticos que se imantan, el que lo hace y el que lo mira (el escritor y el lector). De allí también la frase popular que dice que un buen espectáculo es "para alquilar balcones".



Se podría pensar que el potrero argentino nace en el punto de confluencia entre el campo y la ciudad: es un pedazo de pampa en medio de la urbe.

Es la forma perfecta del consumidor de deporte, el sueño del espectador pasivo: estar en el balcón de su propia casa, en la comodidad aséptica de su hogar, mirando a otros jugar a algo.

En 1929, Roberto Arlt, entonces un escritor y cronista de 28 años, pisó por primera vez una cancha. Es un momento importante para alguien que entendía la vida urbana como un gran teatro abierto. Lo hizo en el viejo gasómetro de San Lorenzo, para presenciar la final de una Copa América en la que Argentina le ganó 2 a 0 a Uruguay, y luego escribió un texto breve que se llama “Ayer vi ganar a los argentinos”. Ahí apuntó: “Al sur de la cancha de San Lorenzo de Almagro, sobre la Avenida La Plata, hay una fábrica con techo de dos aguas y varias claraboyas. Pues la gente empezó a mirar de pronto para aquel lado y era que de las claraboyas, lo mismo que hormigas, brotaban mirones que en cuatro patas iban a instalarse en el caballete del tejado. Algo como de cinematógrafo”.

Así, en los viejos estadios de fútbol y en los partidos amateur debajo de las autopistas; en las canchas de *paddle* de los años 90 que se convirtieron en hamburgueserías y cervecerías artesanales; en los *skateparks* y *bowls* y las nuevas formas de la performance deportiva; en los que salen a correr y los que patinan por el circuito KDT; en el eco todavía audible de los potreros que se disolvieron con el crecimiento de las torres de cuarenta pisos; en los que prefieren jugar y en los que prefieren mirar, está el sentido profundo de la relación entre los deportes y la ciudad contemporánea.

Es un mapa que cambia todos los días y en el que tenemos que encontrar nuestro lugar, nuestra identidad de deportistas y de espectadores que a veces -sólo a veces- vienen a ser fichas de un mismo tablero. ■